



Tengo miedo... ¿a las matemáticas? Una reflexión desde la infancia y la escuela¹

I'm afraid... of mathematics? A reflection from childhood and school

Karen Lorena Gaitán Mesa  ², Alexia Díaz Altamirano   ³

Para citar este artículo: Gaitán Mesa, K., y Altamirano Díaz, A. (2025). Tengo miedo... ¿a las matemáticas? Una reflexión desde la infancia y la escuela. *Infancias Imágenes*, 24(1), 1-4. <https://doi.org/10.14483/16579089.24028>

Recibido: 19 de agosto de 2025

Aprobado: 29 de agosto de 2025

En el universo de la infancia, los miedos tienen formas diversas: unos se esconden debajo de la cama, algunos aparecen en la oscuridad y otros, más silenciosos, se manifiestan frente a una hoja en blanco con números. El libro-álbum *Tengo miedo* de Ivar Da Coll (2013) nos invita a mirar de cerca, con sensibilidad y respeto por las emociones, esos temores que los niños y niñas experimentan. En el ámbito educativo, uno de los miedos que suele emerger con fuerza (y que muchas veces perdura hasta la adultez) es aquel por las matemáticas.

Curiosamente, mientras este temor se instala en la escuela, en la vida cotidiana las matemáticas están presentes de forma natural: al repartir los juguetes, al contar los pasos en un juego, al calcular si el jugo alcanza para todos o al reconocer patrones en una canción. Entonces, ¿por qué cuando las

matemáticas se institucionalizan aparecen tantos miedos? ¿Qué pasa cuando una experiencia que podría ser lúdica, significativa y cercana se convierte en motivo de angustia o frustración? A partir de la lectura de *Tengo miedo*, se busca reflexionar sobre cómo se construyen los temores hacia las matemáticas en las primeras experiencias escolares. Al mismo tiempo se reconoce el uso cotidiano y espontáneo que niños y niñas hacen de ellas. Se propone, además, un llamado a repensar las prácticas pedagógicas desde una mirada amorosa, respetuosa y comprensiva con los ritmos y emociones de la infancia.

¿Qué nos enseñan los miedos en la infancia?

Los miedos forman parte natural del desarrollo infantil. Aparecen, desaparecen y se transforman

1 Artículo derivado de una estancia de investigación en el marco del Programa Delfín (30º Verano de la Investigación Científica y Tecnológica del Pacífico), realizada entre el 9 y el 25 de julio de 2025. El intercambio se llevó a cabo con una estudiante de la Licenciatura en Educación Infantil de la Universidad Autónoma de Nayarit, quien acompañó el ejercicio investigativo de una docente de la Licenciatura en Educación Infantil de la Universidad La Gran Colombia, interesada en las matemáticas en la educación infantil.

2 Magíster en educación con énfasis en educación matemática - Universidad Distrital Francisco José de Caldas, profesora asociada a la Licenciatura en educación infantil, Universidad la Gran Colombia. Correo electrónico: karen.gaitan@ugc.edu.co. <https://orcid.org/0000-0002-7716-4113>

3 Estudiante de Licenciatura en educación infantil, Universidad Autónoma de Nayarit. Correo electrónico: altamiranodiaz2002c@gmail.com. <https://orcid.org/0009-0007-7658-0215>

con el tiempo. Miedo a la oscuridad, a los truenos, a perderse, a quedarse solo o a lo desconocido. Lejos de ser debilidades o limitaciones, los miedos son expresiones profundas de cómo los niños y niñas perciben, interpretan y procesan el mundo que los rodea. Reconocerlos es, por tanto, una puerta de entrada a su vida emocional. El libro-álbum *Tengo miedo* de Ivar Da Coll (2013) ofrece una mirada sensible y poética sobre este tema. El protagonista, con voz propia y honesta, enumera sus miedos sin vergüenza, sin esconderse. Esta expresión auténtica de su sentir permite a quien lee (niño o adulto) identificarse y reconocer que tener miedo no es algo malo, sino humano. La fuerza de este libro radica en su sencillez: nos recuerda que hablar del miedo, nombrarlo, es el primer paso para comprenderlo y transformarlo.

En los contextos educativos, sin embargo, no siempre se abre espacio para hablar de los miedos. Las dinámicas escolares suelen privilegiar el control, el cumplimiento de metas, el rendimiento y la evaluación, dejando poco margen para detenerse a mirar lo que siente cada niño o niña en su proceso de aprendizaje. Cuando un niño expresa que “no le gustan las matemáticas”, que “son difíciles” o que “nunca las entiende”, es posible que esté comunicando algo más profundo: inseguridad, incomprendición, frustración o incluso el deseo de evitar una experiencia que lo ha hecho sentirse mal antes. ¿Y si en lugar de corregir o minimizar esas expresiones, las acogemos como manifestaciones de un miedo legítimo?

Los miedos no deben ser silenciados, ni vistos como obstáculos al desarrollo; por el contrario, pueden ser oportunidades para establecer vínculos más empáticos entre adultos y niños, entre docente y estudiante. Comprender qué temores habitan en cada niño o niña puede ayudarnos a ofrecer experiencias pedagógicas más respetuosas, más cercanas, más humanas. En el caso particular del miedo a las matemáticas, es necesario reconocer que se trata de un miedo socialmente alimentado. Muchos adultos trasladan a los niños sus propias experiencias negativas,

sus frustraciones o su inseguridad frente a esta disciplina. Frases como “yo tampoco fui buena en matemáticas”, “a mí también me costaban” o “es normal que no te gusten” naturalizan el miedo, cuando en realidad este podría evitarse si las matemáticas se vivieran de otro modo desde el comienzo.

Por eso, hablar de los miedos en la infancia (como lo hace Ivar Da Coll en su obra) no solo es importante, sino urgente. Nos ayuda a ver que detrás de cada temor hay un relato, una vivencia, un llamado a la comprensión. Y que, como educadores, no solo enseñamos contenidos, sino que acompañamos emociones, tejemos confianza y abrimos caminos para que cada niño o niña se atreva a aprender, incluso con miedo, pero sin sentirse solo.

Las matemáticas como experiencia cotidiana y emocional

Las matemáticas no llegan a la vida de los niños cuando entran al colegio; ya están presentes desde sus primeros días. Los bebés, incluso antes de hablar, manifiestan una comprensión básica de cantidades, distancias y patrones rítmicos (Piaget y Inhelder, 1980). Esta intuición se va afinando en la vida cotidiana, donde las matemáticas aparecen de manera natural: cuando un niño reparte galletas entre sus amigos, cuando una niña decide cuántos pasos necesita dar para alcanzar un objeto, cuando calculan si cabe una ficha más en la torre, etc.

Estas vivencias son genuinas y profundamente significativas, porque emergen del juego, del cuerpo, de la necesidad y del deseo de explorar el entorno. No hay imposición, no hay miedo. Solo hay curiosidad, acción, prueba y error. Desde esta perspectiva, las matemáticas son una forma de relacionarse con el mundo, de darle sentido, de anticipar lo que pasará o de recordar lo que ya ocurrió. Y también (aunque muchas veces se olvide) son una experiencia emocional. Las emociones y las matemáticas no son ámbitos separados. Cuando un niño logra resolver un pequeño desafío numérico en el juego o identifica una forma que antes no conocía, siente orgullo, satisfacción,

confianza. Del mismo modo, cuando se enfrenta a una tarea que no entiende o cuando siente que no puede responder como se espera que lo haga, puede experimentar frustración, angustia o miedo. Por eso, es fundamental comprender que la relación con las matemáticas no es solo cognitiva, sino también afectiva.

En la educación infantil tenemos el privilegio y la responsabilidad de mantener viva esa conexión afectiva y espontánea con las matemáticas. Sin embargo, en muchas ocasiones, cuando las matemáticas entran en el ámbito escolar, comienzan a perder su dimensión lúdica, corporal y contextualizada. Se convierten en ejercicios en una hoja, en símbolos abstractos, en resultados esperados. Y así, poco a poco, se va instalando la idea de que "hacer matemáticas" es difícil o es para unos pocos.

Esta desconexión entre las matemáticas vividas y las matemáticas enseñadas puede ser una de las causas del miedo que muchos niños y niñas desarrollan. Cuando no reconocen en la escuela lo que ya hacen naturalmente en su vida cotidiana, cuando sus experiencias no son valoradas, cuando sienten que deben aprender algo "nuevo" que no les pertenece, la emoción que surge no es entusiasmo, sino inseguridad. Frente a esto, es urgente recuperar una visión de las matemáticas como lenguaje cotidiano y emocional. Un lenguaje que se aprende desde el cuerpo, desde el juego, desde los vínculos. Un lenguaje que no se impone, sino que se construye en comunidad. Porque cuando las matemáticas se viven así, desde lo cotidiano y lo significativo, en vez de generar miedo producen confianza. No se sufren, se disfrutan. Y eso, en los primeros años de vida, puede marcar una diferencia profunda y duradera.

¿Por qué aparece el miedo a las matemáticas?

No nacemos con miedo a las matemáticas; lo aprendemos. Una de las principales razones es la forma en que históricamente se han enseñado las matemáticas en la escuela. Desde edades tempranas, a muchos niños y niñas se les presentan los

números y las operaciones como saberes cerrados, descontextualizados y evaluados bajo criterios de precisión y rapidez. El énfasis se pone en la respuesta correcta, en el resultado, y no en el proceso, la estrategia o el razonamiento.

Otro motivo de miedo es la desconexión entre lo que el niño o niña vive y lo que la escuela propone. Cuando las actividades matemáticas no se vinculan con la experiencia, con el juego, con el cuerpo, o con el entorno, pierden sentido. Y cuando algo no tiene sentido, cuesta comprenderlo. Esta incomprensión puede derivar en frustración, rechazo o incluso en la evitación activa de la tarea matemática. Se instala entonces una relación basada en el miedo, en la desconfianza, en la idea de "esto no es para mí". Por eso es fundamental que quienes educamos en la primera infancia reconocamos que el miedo a las matemáticas no es solo una cuestión de contenido, sino también de relación, de experiencia y de afecto. Cambiar esa relación no significa simplificar los contenidos, sino transformarlos en oportunidades de exploración significativa y respetuosa. Quiere decir confiar en las capacidades de cada niño y niña para construir saberes, así como ofrecer ambientes donde el error sea bienvenido, el juego esté presente y la curiosidad tenga espacio para florecer.

Acompañar los miedos desde la educación infantil

La educación infantil es un escenario privilegiado para sembrar otra relación con las matemáticas: una que parte del asombro, del juego, de la exploración libre, de los vínculos afectivos. El acompañamiento respetuoso de los miedos implica no minimizarlos, no ridiculizarlos y no ignorarlos, sino reconocerlos como parte del proceso de aprender.

Los libros-álbum como lo es *Tengo miedo* pueden ser herramientas poderosas para abrir conversaciones sobre lo que sentimos y pensamos, incluso cuando aún no sabemos cómo expresarlo. A través de la literatura, el arte, los materiales manipulativos, el diálogo y el juego es posible construir experiencias matemáticas significativas que generen seguridad, disfrute y confianza.

Como docentes de educación infantil, nuestra tarea no es “enseñar matemáticas” en sentido estricto, sino abrir puertas para que los niños y niñas las vivan, las descubran y las comprendan desde su propio mundo. Eso implica observar, escuchar, proponer, acompañar y, sobre todo, confiar en sus capacidades.

Referencias

Da Coll, I. (2013). *Tengo miedo* (Vol. 1). Ekare.

Piaget, J. e Inhelder, B. (1980). *La genèse des structures logiques élémentaires. Classifications et sériations*. Delachaux et Niestlé.

